

# APOLLO

AÑO III

Número 14

REVISTA DE ARTE - - -

- - - Y SOCIOLOGÍA

- - DE PÉREZ Y CURIS - -



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

✦ SANTIAGO DE CHILE ✦

ABRIL DE 1908



# Y LA ELECTRO-TECNICA - URUGUAYA

Cioffi, Regusei y Voulminot

*Empresa de instalaciones eléctricas*

Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 14.

Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Abril de 1908.

## Vásquez Yepes

— 62580

Este exquisito y culto poeta colombiano que realiza actualmente una gira artística por los países de América, está entre nosotros desde hace algunos días.

Paladín de las doctrinas modernas hacia las cuales se inclina una gran parte de la humanidad pensante; poeta de alto coturno que derrama dondequiera las delicadas flores de su edén espiritual, Vásquez Yepes, en su largo peregrinaje de arte por Venezuela, Centroamérica, México, Cuba, Santo Domingo y Brasil ha recogido infinitas impresiones: todo aquello que ha conmovido y deslumbrado á su psiquis de soñador sempiterno en las distintas regiones en que ha posado su planta. La labor intelectual de este poeta viajero es vastísima y digna de toda loa. Con Justo Pastor Ríos, ese otro poeta trashumante que nos dejó gratísimo recuerdo, y Rafael Angel Troyo, fundó *La Musa Americana* gallarda revista de arte que ha penetrado en todos los cenáculos de América y los ha agitado como un viento suave de triunfo y renovación. Escribió en los principales diarios de México y de la América Central, y fué más tarde redactor de *El Liberal* de la Habana, cooperando con su pluma vigorosa al movimiento revolucionario efectuado últimamente para derrocar al presidente Estrada Palma. Ha publicado infinidad de poesías en los diarios y revistas del continente y una hermosa novela intitulada *Crisálida* que lo consagró para siempre.

De aquí seguirá viaje á la Argentina, Paraguay, Bolivia, Chile, Perú y Ecuador, levantando á su paso por dichos países un estado del movimiento literario para terminar una obra de impresiones que actualmente prepara y que será como una enciclopedia de la ciencia, la literatura y el arte americanos.

En nuestro próximo número extraordinario publicaremos «La tarde se adormece en los rosales», bellísima poesía inédita que nos obsequió este galante poeta.

APOLLO le desea una larga y grata estadía en el Uruguay.

LA REDACCIÓN.



## De Amieis

*Para Apolo.*

El Mundo está de rodillas ante el Apóstol caído.  
Tiene una herida en el alma que no curará, quizás.  
Europa llora angustiada por el hijo que ha perdido,  
Y por su Hermano, la América, que no lo verá jamás!

La Tierra India reclama de aquel hombre tan querido,  
Un pedazo de su Gloria, y de su Genio, además.  
Y hasta el Pampero salvaje ha lanzado su alarido,  
Y como signo de duelo, parece que ruge más!...


Y hasta allá irán los Poetas, entonando sus canciones.  
Y los Andes con sus águilas, las selvas con sus leones,  
Irán tras ellos, formando fantástica procesión.

Y al volver—como un pasaje de maravillosos cuentos—  
Sobre una lira enlutada, traerán, viajando en los vientos,  
Para enterrar en la América, su divino Corazón!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Marzo 1908.

---



---

## El libro de versos

Del próximo libro “Vida que canta”

*Para Apolo.*

Enfermo estoy; sentado cerca de la ventana,  
Mudo el libro que un tiempo Biblia de amores fué,  
En sus hojas abiertas una rosa: ¡la hermana,  
De tantas que en tus labios, besándote pinté!

¡Oh la flor de tu nombre! La fragancia que emana  
De tus pétalos muertos, háblame yo no sé  
Qué leyenda muy triste de un alba muy lejana,  
Tan lejana que apenas si el miraje se vé!

Tú premiabas mis versos con besos, como á un niño...  
Tu voz... ¡yo no la olvido! ¡parecía un cariño!  
Me decía ternuras, me prestaba calor.

¡Y ya me ves! hoy vivo sólo de tus saudades;  
Triste con las tristezas de tantas soledades,  
Dando vuelta las hojas de aquel libro de amor!...

ANGEL FALCO.

## Para más allá

Solo y viejo, el rugoso tronco de un árbol destrozado, se estremecía al beso de la aurora.

Se estremecía de placer, porque ostentaba un retoño, como pálida esmeralda, entre los surcos de su negra y maltratada corteza.

¡Un retoño, él, tan anciano, tan solo, en mitad de una floresta devastada por un incendio!

Y el viejo tronco se estremecía de placer

En la pálida esmeralda que mostraba orgulloso, el rocío de la noche temblaba como las aguas de un diamante límpido

El viento sonoro, pasaba despertando las canciones de los nidos, como un mensajero de la luz.

Y el viejo tronco dijo al viento: Hace algún tiempo, más de un siglo, que somos buenos amigos.

Cuando tú querías gemir tus tristezas ó rugir las notas atronantes de tus cóleras, yo te daba mi fronda, te prestaba mi ramaje; fui el instrumento melancólico ó resonante en que modulaste tus dolores íntimos, ó vaciaste el broñe derretido de tus iras estupendas.

Cuando tenías que llevar algún mensaje de amor, impregnaba tu plumaje con el aroma embriagante de mis flores, y lo espolvoreaba con el oro fecundo que lucía en los estambres, como un pintor mágico con su pincel divino.

(Déjame enjugar una lágrima que me hace derramar este recuerdo).

Cuando pasabas triste y meditabundo, como esa fúnebre procesión de las almas que llevan á depositar un ser querido en las negras entrañas de la tierra, yo dejaba caer mis hojas amarillas sobre tus huellas, como lágrimas de oro que alfombra-

ran en silencio tu paso doloroso.

Ahora, estoy muy viejo.

Pero tengo un retoño, y anhelo verlo crecer, desarrollarse, subir al cielo, arropado en el verde manto de sus hojas, bordado por las estrellas polícoras de sus flores, dulcemente desmayado al peso de sus frutos, como yo fui, como me vieron las auroras de los lejanos días.

Somos buenos amigos, desde hace algún tiempo, poco más de un siglo.

Modera tus pasos al atravesar el yermo en que aun vivo y sueño.

Haz esto largo tiempo

Quiero ver crecer mi retoño año tras año.

Y tú, pasa en silencio.

Quiero verlo extender su ramaje como una red de sombra.

Y tú, pasa en silencio.

Quiero verlo cubrirse de flores al anuncio de la Primavera.

Y tú, pasa en silencio

Quiero verlo inclinarse dichoso, inmensamente dichoso, al peso de los frutos.

Y tú, pasa en silencio.

Y cuando esos frutos estén maduros, cuando semejen trozos de celajes vespertinos, y veas que me yergo tembloroso por sostener mi amada carga, por levantarla algo más sobre el mar de luz del horizonte, sacude tu plumaje, agita tus alas, y con el estruendo magnífico de tu poderoso vuelo, pasa derribándome. ... ¡quiero caer con el alarido de un loco moribundo, de un loco de placer!

Esos frutos regarán la simiente que ha de poblar de nuevo este yermo solitario; y las futuras auroras, besarán con sus rayos mi indestructible descendencia.

J D. VANEGAS.



## Semblanzas de actualidad

Edmundo De Amicis

SU MODALIDAD Y SUS OBRAS

Para «APOLO».

Italia, la patria del Dante y de Carducci, la tierra privilegiada de los cielos azules y de las vendimias rojas, acaba de perder á uno de sus escritores contemporáneos más ilustres, al bueno, al dulce, al sentimental De Amicis. Allá en Bordighera, en el discreto retiro de un modesto hotel de provincias, el sentido escritor ha cerrado por última vez sus ojos al sol meridional de la Liguria. Se ha ido, se ha extinguido en el silencio de una noche constelada, cuando menos se presentía, traidoramente raptado por esa prometida impalpable de órbitas huecas y de augusta mudez, á veces piadosa, á veces injusta, mas ella siempre consecuente...

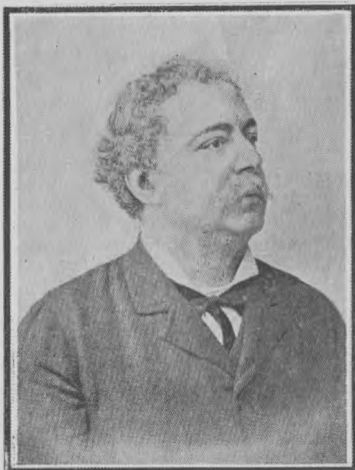
Las letras y el arte vestirán duelo por mucho tiempo ante la muerte de tan ilustre escritor, cuya labor literaria fuera tan grande como hermosa. Sus descripciones amenas; su estilo maravillosamente pletórico de luz y de diafanidad, ejercía en las imaginaciones infantiles así como adultas esa fascinación privilegiada de la belleza real y sugestiva. Ahí están sus bocetos militares, sus narraciones múltiples, sus correspondencias periodísticas, sus obras de concienzudo novelador, las páginas conmovido-

ras de «Corazón», sus novelas históricas «Páginas Sueltas» y «La Puerta de Italia», su libro talentoso «Sobre el Océano», y finalmente su obra póstuma, ella erudita y admirable, «El Idioma Gentil», último florilegio de su numen esplendoroso de viejo Cíclope al que adunaba un

corazón de Abuelo...

No le cupo á este paladín de las letras convulsionar las ideas de su siglo ni cimentar una nueva escuela demoledora, ni tampoco le cupo distinguirse en sus escritos como un orfebre de la forma ó un mago hechicero de la palabra. No fué Hugo, el trastornador é inconmensurable; no fué Flaubert, el alquimista de la frase moldeada y hermética; no fué Zola, el implacable disecador cuya

lente analítica y observadora llegara al átomo; no fué Poe, el diabólico y macabro; De Amicis tuvo el sencillez pero cuan grande mérito de la espontaneidad, de lo hondamente sentido y narrado. No penetrando en los dramas humanos hasta la náusea ni hasta el horror, él hizo triunfar siempre en sus obras la Verdad y la Justicia; ensalzó hasta la inmortalidad los hechos heroicos del patriotismo natal y del deber humano; hizo un himno glorioso



del Amor y la Amistad, tuvo el optimismo codiciable de los privilegiados, la encantadora sutileza cual la ilusa añoranza del delicado Alphons Daudet.

Pero ante todo, como ya tengo dicho, De Amicis fué el Abuelo espiritual y legendario de muchas generaciones á quienes inculcara con sus evangelios de bondad los sentimientos más nobles que enaltecen el alma humana. Cuantos de vosotros, allá en el hogar, en las lluviosas noches invernales, no os habéis congregado al calor de la lumbre, para escuchar sus narraciones, ora históricas é instructivas, pero siempre consteladas de mansedumbre y de heroicidad Al pronunciar el nombre de De Amicis, yo evoco, sin haberlas visto, esas vetustas veladas patriarcales de que nos hablaran nuestros antepasados. Paréceme asistir á ellas; ver la hospitalaria cocina de la granja donde la luz temblorosa del quinqué proyectara chorros de luz y sombras temblorosas sobre los blanqueados muros de sillería medioeval; ver á la familia reunida y congregada escuchando de labios del abuelo sus interesantes narraciones, mientras fuera, la nieve espolvorea en las techumbres y en los caminos, y allá en la cuadra, «una vaca muge sonoramente» entanto rumia los últimos manojos del heno tierno y aromático de la fecunda cosecha.

¡Oh, corazón noble y sencillo el de este venerable anciano cuya modestia fuera tan infinita como su bondad! Nadie como él sabía de los sufrimientos acallados y de las dichas ingenuas de aquellos seres nunca sonreídos por la Diosa voluble de la Suerte; nadie como él nos describió la vida azarosa del artista pobre, pero que acaso mañana conquistara la Gloria; ni la del obrero oscuro cuya divisa es el deber, ni la de esos meritorios apóstoles de la Ciencia, del maestro paciente forjador de cerebros y templador de corazones y á quienes De Amicis tanto nos enseñara á amar y respetar.

Y es por esto, que aún por encima de su alma de artista, de su va-

ler indiscutible de novelador, de su mentalidad pensante, de su erudición sabia y novedosa, destacábase su sentimentalidad pía, sana, buena, pródiga. . . El, como Jesús, tuvo por divisa aquella frase evangélica, «Dejad que los niños vengan hacia mí».

El sabía, de esos hombreitos ruidosos y de esas admirables muñecas parlanchinas, sus travesuras más perversas y sus risas más adorables. Les conocía tan á fondo como un íntimo profesor, como una aya benevolente, como un padre modelo que suaviza asperezas, acalla impetuosidades, desanuda malas compañías, premiando las buenas acciones é inculcando el hábito hacia el trabajo y el estudio. Todos esos dramas infantiles del colegio, cuyos actores visten calzón corto y pollera á la rodilla, nos han sido descriptos admirablemente por su pluma encantadora. Fué el Shakespeare de un mundo liliputiense Fué el Balzac de esa ínfima comedia humana de la bulliciosa niñez, parodia inconclusa de esa otra verdadera comedia humana que luego comienza en la edad viril, cuando las pasiones estallan, los atavismos resurgen y las ambiciones se desenfrenan en las noches de las conciencias pervertidas por el vicio u obnubiladas por la pasión.

Y así como fué un argonauta de los países azules del Ideal, De Amicis sufrió la nostalgia de nuevos paisajes, de nuevos ambientes, de polícromos horizontes donde saciar sus anhelos de artista y donde nutrir su espíritu observador é impresionable. Sin ser un Byron errabundo ni un Loti aventurero, él viajó por España, Holanda, Marruecos, París y Constantinopla. Contempló las campiñas verdeguantes de la noble cuan valerosa Hispania, tan pintorescas con sus regionalismos seculares y su poesía nativa; aspiró las nieblas de algodón de la patria brumosa de Rubens; el sol de Africa le acarició con su ósculo candente como las pasiones de sus siervas; admiró la Ciudad-Luz, donde Verlaine perla-

ra sus rimas galantes entre el ab-sinthio verde de sus orgías; tembló ante la visión apocalíptica de la City burguesa... suspiró, soñó, se aletargó en el divino éxtasis de las voluptuosidades superterrenas, allá en la ciudad de las cien puertas, de los minaretes airoso, de la media luna judaica, de los serrallos inviolables que entre tapices de Esmirna y pebeteros de Oriente guardan á las odaliscas del Gran Señor. Luego, también la América hospitalaria lo recibió en su seno, y allá por el año 1885 fué nuestro huésped durante una estadia breve.

Con estas excursiones, De Amicis enriqueció poderosamente su ya vasto bagaje literario. Nuevas observaciones, variantes y fecundas, fueron altamente propicias á su temperamento sagaz y analítico. Muchas de sus obras fueron fruto de estos viajes provechosos.

Y las buenas Musas también le sonrieron... Como todo príncipe soñador, él hizo su peregrinaje hasta las bordes de la Castalia Fuente. La inspiración de los Dioses del viejo Olympo llegó hasta él. Pan sopló á su oído su flauta mágica. Admiró de la Armonía las notas rítmicas de su laud de oro. Cultivó el verso con modalidad discreta y sentida; pero fué un vencido... Su talento predominó en la prosa.

No odió ni fué odiado. Nunca el

simoun de los odios adversarios ni de las diatribas personales sopló sobre su pedestal de gloria. No le cupo como á Zola, Vallés y tantos otros llevar la corona de laureles y de espinas de los demoleedores y rebeldes. Su corona fué de fragantes rosas de Alejandria y de jazmines del Pireo. La literatura no fué para él el «infierno de las letras», como dijo cáusticamente Flaubert, ni un océano poblado de pulpos hidrófobos y de mojarras quisquillosas... Su vida literaria se deslizó plácida y serena en mitad de un paraíso lujurioso de cielos azules y de diaphanidades impalpables. Hasta la torre diamantina de sus ensueños, hasta esa Alhambra sutil y vagarosa de las añoranzas místicas, hasta su pupitre de estudioso, allá en su gabinete de orfebre, perfumado aquél y coqueto como un «boidor» de novia, jamás el odio ni la envidia proterva lanzó su dardo maligno. Amó y fué amado. Esta fué su primordial misión y su modalidad más individualista.

Descanse en paz el llorado muerto, el ilustre escritor, el evangélico sembrador de virtudes y de bienaventuranzas, y, sobre su tumba aún entreabierta, arrojemos reverentes un puñado de siemprevivas y de violetas de Parma como ofrenda simbólica hacia su labor proficua, ella tan modesta como bienhechora.

Montevideo, en Marzo de 1903.

JUAN PICÓN OLAONDO.

---

## Poetas nuevos

---

### En la cumbre

Al poeta A. Falco.

¡Oh! trágico profeta que en las cumbres  
Soberbias y arrogantes de la Idea,  
Lanzas el verbo que fecunda y crea  
Y produce hecatombes y derrumbes;  
Mesías prometido en que llamea

La flama heroica de la fé naciente  
Y que siembras cantando la simiente  
De la sacra verdad que en ti flamea.  
¡Tú que estás en la altura! oh gran vidente  
A quien llaman los necios visionario,  
Haciendo mofa de tus profecías,  
¡Recibe mi saludo, astro fulgente,  
Porque sé que ha de haber siempre calvarios  
Para inmortalizar á los Mesías!

RICARDO POLLO DARRAQUE.



## Febril madrigal de Otoño

Para AVELO.

Un madrigal me pediste  
Lírico, elegante y triste,  
Para tus labios en flor;

Un madrigal de mi lira  
Que eternamente suspira,  
Manceba siempre de Amor.

Y hoy yo te busco febril  
Con el pretexto fútil  
De ofrendarte el Madrigal,

Para, en mi jardín de orfebre,  
Morirnos los dos de fiebre,  
De una muerte excepcional.

Pero antes te cantaré  
La arrebatada elegía  
De nuestro encanto falaz;

Antes que la muerte loca  
Venga á ofrecermé tu boca  
Como una copa voraz.

Antes cantaré á tus ojos  
Negros, profundos, . . y rojos  
En su *fateno* fulgor;

Y antes cantaré á tus labios,  
Rojos, profundos y sabios,  
Y palpitanes de amor.

Antes cantaré á tus manos  
Como dos tiernos gusanos  
De seda, de blancor gris;

Y á tu pie — carnal ensueño —  
Como un corazón, pequeño,  
Como un pájaro, feliz.

Y cantaré á las extrañas  
Caricias de tus pestañas  
Y á tu mirada sutil;

Y so tu busto moreno  
He de aspirar el veneno  
De tu perfume infantil.

Oh! empolvada criatura!  
Ven á mí, en la noche oscura,  
Donde te espera mi afán;

Ven á la blanda pradera  
A revivir la quimera  
Que inmortalizó á Don Juan.

Concede á mi pobre ser  
El romántico placer  
De bajo tus pies, morir;

Y que tu negro tacón  
Aplaste mi corazón  
Hasta el último latir.

Ven á gozar la fecunda  
Caricia extraña y profunda  
Que brinda la soledad;

Ven al follaje propicio  
Que abriga el dolor y el vicio  
Con la misma caridad.

Ven á regar la sublime  
Ilusión que me redime  
Y hace cantar mi laúd;

Ven con mi lirismo loco,  
Ven á perfumar un poco  
Mi marchita juventud.

¡Oh mi Linda soberana!  
Busco en tus labios de grana  
La Quimera y el Dolor;

Quiero, Linda, Linda, Linda!  
Sorberte como una guinda,  
Sentirte como una flor.

Ven, pues, pronto, blanco Lys,  
Curiosa y tierna Belkis,  
A tu voraz Salomón;

Ven bajo el árbol del mal,  
Y te daré el Madrigal,  
Y te daré el corazón.

FABIO BELMONTE.

## Psalmos

### Invocación al viento

Oh, gran viento iracundo, que como una clamorosa legión, como una enorme fiera, llegas del campo á la ciudad, ¿qué nos vienes diciendo con tu enorme rugido? ¿Qué supremo desdén, qué terrible amenaza vienes murmurando para la pobre multitud?

Yo he puesto el oído atento y he escuchado en tu voz el temblor de la cólera; que sacude la lengua como una espada y no deja salir la palabra precisa.

Y con el corazón sobrecogido de espanto me he apartado para dejar pasar el torrente de tu furor: para que no me arrollen las lanzas de tu enojo.

Erizado vienes contra el hormiguero y contra la colmena: como en un pecho enorme bate en el espacio el latir de tu cólera: y como una tromba de fuerzas en el seno del caos, así se dilata tu rugido á lo largo de las calles.

A llevarnos vienes como á las hojas secas, y como á las frágiles obras de nuestras manos. ¡Oh, gran viento!, ¿quién podrá resistirte?

Tus alas inmensas chocan contra los altos techos y los soberbios obeliscos, emblema de la gloria; la amplia calle es estrecha para la anchura de tu enojo: y el polvo que tu aliento levanta, ciega y envuelve al tropel de los hombres, como á una banda de langostas.

El hombre ante ti vuelve á ser el humilde animal, fatuo hermano del gusano y la hormiga: inhábil y débil como todo lo que vive por el ritmo de un jugo ó una sangre: humilde está ante ti como su desvalido ascendiente que un día abrió al sol sus ojos brutales é inocentes.

Tú revuelves sus galas y muestras bajo ellas, la miseria original; elévanse los roncós remolinos y huyen olvidados de la augusta ficción; los descendientes de los dioses corren como los perros más villanos.

¿A dónde están ahora las bellas actitudes y las dulces sonrisas? ¿Dónde la gentileza y la arrogancia? ¿A qué graciosa figura podría ahora aplicarse el verso que el poeta hizo para la bella y para la armoniosa?

La linda damita que tan bien sabe coquetear en los estrados, corre anhelante al lado de su esclava; la que tan bien sabe agitarse en los salones sin descomponer su tocado,

lleva los cabellos erizados como las greñas del perro que la sigue.

¿Dónde está en este instante su elegancia? ¿Y la línea ondulante de su cuerpo, que cien imbéciles han hecho notar en los salones? Una vulgar fatiga quebranta su armonía, y al lado de su esclava nótase entre ellas la innata afinidad que un día ha de unir las en la tumba.

El gallardo militar, que tan bien sabe adornarse de la espada, no ronda esta tarde los balcones, ni pasea en la avenida sus espuelas sonoras; con la pluma del casco, rendida como él mismo, el bello César huye á refugiarse su fatuidad, como cualquier torpe mancebo de su escuadra.

El viento implacable quita á cada uno su ficción; en un mismo temor á todos iguala el viento justiciero, como si fuese el hálito de una revolución; á los cuerpos estremecidos por su látigo, vuelve una sincera bestialidad.

¿Quién podrá fingir esta tarde de viento? Mientras la muchacha se vuelve para sonreír, el viento da á su traje una forma grotesca; y cuando marcha, con su espalda encorvada y su inseguro pie, cualquiera la tomara por su madre.

Todos se han despojado de las bellas mentiras para andar más ligeros; el viento se ha llevado los líricos engaños y detenido en su marcha jadeante, siente el hombre en su espalda la fuerza incontrastable que para el paso de la hormiga.

Olvidado huye el hombre, de su genealogía; y en su frente angustiada, confundida con la de los fugitivos trota-dores, nadie podría leer un eterno destino.

Una ráfaga sola de tu ira, oh viento, hace temblar de miedo su inmortalidad; y eso que aun sigue la tierra girando en los aires su abigarrada plataforma.

Córrelos, ¡oh viento: echa tus jaurías sobre esta inerme caza: cánsalos, ríndelos y que escondan en sus guaridas su ridiculez!

Atórméntalos por fatuos, por pedantes y por embusteros: por haberse fingido hijos de dioses y monarcas del mundo: hazles sentir su insignificancia en lo hondo de su pequeño corazón.

Agita la negra chimenea y la torre del templo y las columnas del palacio: conmuévelos en todos los símbolos de su eternidad, y al sabio que estudia en la honda biblioteca, hazle saber para qué obscura universidad se prepara.

Oh viento, destruye á los seres ridículos que huyen asus-

tados, cuando la lluvia vacía el ánfora ó tú oprimes tu odre, que en tardes como ésta, sólo saben cuidar su pecho jadeante.

Ninguno de ellos iría esta tarde á despertar á Brunilda en la nieve : ninguno iría á robar su tesoro al dragón ; y por miedo á constiparse, ninguno esta noche, abrirá sus ventanas para ver á la luna.

Ninguno merece que la tierra gire alrededor del sol : ni que el agua suba hasta los pozos : ni que tú hagas florecer sobre sus campos el germen de otros climas : ninguno de ellos es digno de que el buey, augusto forzado, trabaje en la noria todo el día.

Su civilización, su amor y su poesía es sólo del buen tiempo, y si tu ira fuese eterna, el gorro de lana que cubre sus cabezas, no hubiera sido hilado en telar.

Así, pues, extírpalos, oh viento : libra á la tierra de esta carga inútil : y deja sólo á los poetas.

A los que no tememos pulmonías, y como dioses de las aguas y vientos, mostramos siempre serena nuestra frente : á los que, como reyes del mundo, nos anunciamos siempre con un paso imperial.

A los que, símbolos del eterno tiempo, mostramos del sol la llama en nuestros ojos ; de la nieve el armiño en nuestra espalda : y tu gran ráfaga, oh viento, en nuestra cabellera.

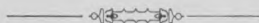
A los que en nuestras almas, como en un bronce sacro, recogemos el trueno y el suspiro : como en un sacro espejo, el rojo y el azul de las horas A nosotros, que encarnamos la ambigua sonrisa que este mundo gobierna á descuidados y generosos.

Que en toda hora sentimos el pesar de no ser viento como tú para vibrar armonías colosales.

A nosotros, que sólo para gracia del pliegue recogemos el manto : que sólo por mayor gentileza apresuramos el andar.

A nosotros, en fin, reyes de esta tribu, por nuestra sonrisa, por nuestra melancolía y por nuestro desdén : que en tardes como ésta, marchamos tranquilos, sin temor á la suerte, abandonándote nuestras cabelleras.

R. CANSINOS ASÉNS.





## Crónicas de la vida <sup>(1)</sup>

### SOBRE CRÍMENES POR AMOR

Casi no pasa día sin que en uno ú otro hemisferio el enterrador desgarré el seno de la madre tierra para alguna víctima del puñal ó del revólver, inmolada, según la opinión de los gacetilleros, por el amor.

¡Crímenes por amor! No concebimos semejante anomalía.

Podrá el amor engendrar actos heroicos, admirables clemencias, á veces incomprensibles perdones; podrá constituir la cuna de indomables rebeldías; acaso haga nacer en el alma una ráfaga de altruismo, encalmadora momentánea de la agitación malsana que en los espíritus contemporáneos producen los vientos huracanados del egoísmo. Tal vez el amor crear Cristos inmortales que crucen con serenidad divina la Vía Dolorosa de todos los prejuicios, para morir en el Calvario de las injusticias sociales, víctimas de principios morales acomodaticios; quizás origine audaces y férreas voluntades que venzan los más colosales obstáculos, pasando por la vida, cual nuevos descubridores de ignotos mundos, en busca del soñado ideal. Mas no veréis entre los que amaron profunda é intensamente, uno que haya inmolado por amor al propio objeto amado. ¿No es el amor la idealidad más pujante y fecunda? ¿No es acaso, entre las idealidades nacidas en las fuentes del sentir, la más avasalladora y enérgica? ¿Y quién es, donde está el hombre que destruya sus ideales? El poeta no mata las imágenes brotadas al calor de sus evocaciones: realiza sus ansias y las ama dándole vigorosa vida, hermoseándola

las con las galas del arte; el pensador no destruye los principios inducidos de sus investigaciones. ¿Cómo, si es su ideal realizado? — Tampoco el que ama, aniquila al que fué causa de sus más dulces é intensas emociones.

¡Oh no! El amor no impulsa al homicidio: el amor es vida, expansión, ennoblecimiento, bondad. Es uno de los más poderosos sentimientos sociales, y como tal, crea, no destruye; une, no disgrega; moraliza, no envilece.

Y si no es el amor — podríamos objetar — el móvil de los llamados crímenes pasionales, ¿cuál es ese móvil?

Mucha audacia necesitaríamos para contestar de una manera categórica y absoluta. «La antropología criminal — dice Emilio Laurent — en sus «Nuevas Teorías del Crimen» — es una ciencia moderna, en la que aun marchamos á tientas, en la sombra. Se puede decir que César Lombroso ha sido el verdadero creador de esta nueva ciencia, cuando publicó en 1871 la primera edición de «L'Uomo delinquente».

¿Cómo, pues, responder, si los sabios aun investigan para llegar á las definitivas inducciones?

Muy cómodo resulta — en verdad — pero también muy anticientífico atribuir al crimen — un origen unilateral: los que de tal manera opinan, enferma la inteligencia de funesta miopía, apenas si aciertan á observar el móvil predominante; nunca alcanzan á ver los factores innumerables á que forzosamente obedecen todos los estados de conciencia. Jamás ninguna acción humana, moral ó inmoral, se ejecuta, sin que antes una corriente de múltiples y variadas ideas hayan puesto en movimiento la conciencia. De entre esas ideas,

(1) No estamos de acuerdo con las ideas sustentadas por el señor León Martín en esta crónica sobre crímenes pasionales, pero la publicamos dejándola á juicio de nuestros lectores. — (N. de la R.)

es indudable que una sola se impondrá, originando el impulso ¿pero acaso esto autoriza para afirmar que la acción tiene una sola causa?

Si la libertad fuera un hecho, tal vez Mas todo el que no comulgue con el principio absurdo que afirma la libertad humana — principio que, aunque parezca paradoja, es el engendrador de la tiranía moral é intelectual — pregúntase: ¿y por qué predominó determinada idea y no otra?

La doctrina opuesta á la de la libertad, nos contesta ampliamente. El hombre, al ejecutar una acción, lo hace determinado por infinitas circunstancias: la educación, el medio social, la herencia, el medio físico, las condiciones fisiológicas, etcétera.

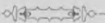
Agréguese á esto el hecho suficientemente comprobado de que el criminal es ante todo un enfermo, en quien los centros nerviosos han degenerado, desapareciendo los hábitos de sociabilidad, y se reconocerá con cuanta ligereza proceden los que atribuyen al amor el origen de algunos crímenes.

Cuando alguien mata, el amor ya no existe: tal vez lo habrán destruido dificultades económicas, la hipocresía, el desengaño.

El amor, no crea criminales: ascensiona y dignifica: en él está encarnado el verbo nuevo, gestador de conciencias más amplias, de tendencias más artísticas, de horizontes más humanos.

LEÓN MARTÍN.

---



---

## Introspectivas

---

*Para AVOLO.*

En medio de las noches del estío  
puntos brillantes dondequiera veo,  
luciérnagas, estrellas de los céspedes  
estrellas, las luciérnagas del cielo!

Viene después la aurora; fulgoroso  
del horizonte asciende el rubio Febo;  
¿cuál es la causa del torrente rauda  
de claridad que inunda el Universo?  
¿por qué, por qué, brillaban las estrellas?  
¡ay! infeliz de mí, pobre pigmeo  
que ni sé por qué lucen las luciérnagas  
y aspiro á los arcanos de los cielos!

---

El Yo con su altivez hace de vela  
y la humana soberbia hace de viento  
la ciencia y el timón que loco oscila,  
y la mente es la nave sin gobierno,  
que choca en el peñasco de la duda  
y húndese en los abismos del misterio.

J. F. CARBONELL.



## Loco como el alma mía

Loco, como el alma mía,  
fué aquel amor juvenil;  
amor que gozo en un día  
Todas las risas de Abril..

Ebrio de besos malditos  
y de dientes asesinos,  
en unos labios marchitos  
probé de todos los vinos.

Sobre una boca que ardía  
dejé toda la alegría  
de mis años juveniles.

Y en la embriaguez de una hora  
perdi la flauta sonora  
de mis coplas pastoriles.

JOSÉ MOLINA.



## Carola <sup>(1)</sup>

Bajo el hálito de brumas de la tarde que se inmola  
Lentamente, como un cirio; como un pájaro de Ofel,  
Adormece su neurosis de somnámbula Carola,  
Y el sollozo de la tarde finge un ruego de doncel.

La salmodia de las brisas autumnales — en la òla  
De sus mórbidos cabellos — vibra al ritmo de un rondel;  
Y los ojos de la virgen, de la virgen casta y sola:  
¡Cómo vagan por el éter agostándose con él!

Sobre un tiesto de claveles pensativos como ella,  
Llora el alma de la tarde ¡cómo es dulce su querella!  
Y á su palio de nostalgias lenta sube la oración;

Y la virgen, conmovida por el ángelus doliente,  
Va diciendo, con el himno de su filis elocuente,  
La gloriosa melodía de las cántigas de Anfión.

PÉREZ Y CURIS.

(1) De « Heliotropos ».

# La memoria

## El ritmo y la simetría

Las Musas son hijas de Mnemosina las artes apelan constantemente á la memoria, sin memoria no existiría el gusto.

Por la puerta, siempre abierta, de nuestros sentidos, penetran en nuestro espíritu y se acumulan en él como un tesoro, de que surgirá el ideal. una multitud de formas expresivas, de imágenes animadas y de realidades parlantes. El arte es, pues, imposible sin la continua intervención de esa facultad acumuladora que proporciona á la imaginación y á la inteligencia los materiales que han de utilizar.

Pero si la memoria es la amiga fiel que proporciona al artista el rico estuche de las formas con que ha de adornar sus creaciones, el artista mismo apela constantemente á la del público, que ha de contemplar, apreciar y juzgar sus obras.

La arquitectura, propóngase traducir en el lenguaje de las piedras las necesidades á que ella ha de servir; simbolice mediante formas exteriores una idea religiosa, ó, finalmente, procure relatar la historia y la gloria de las naciones, usa constantemente estratagemas para impresionarnos por la memoria. En torno de un punto central, á los lados de ciertos planos que sirven de ejes, reproduce las mismas formas generales, agrupadas del mismo modo. Mediante ese procedimiento, obliga al espectador á hacer un trabajo inconsciente de comparación ó de comprobación, durante el cual las formas se graban en el espíritu y obran cada vez más enérgicamente sobre el sentimiento. Al mismo tiempo descubre, sucesivamente, las bellezas de detalle y aprecia la riqueza y la conveniencia de la ornamentación. Esta disposición de los edificios ha recibido

el nombre de «simetría», y responde á una ley general de la vida. Todos los seres naturales, los mismos cristales de las rocas, son más ó menos simétricos, y toda desviación de esa ley nos sorprende y nos parece una equivocación de la naturaleza. Mediante la simetría, se acusa el orden en los edificios, como se acusa en la pintura por la perspectiva y por el ritmo en la música. Sólo relacionando todas las líneas á una unidad principal, se puede comprender un monumento, representársele y conservar su imagen en la memoria, porque ninguna magnitud puede ser comprendida sin relacionarla con una unidad que sirva de término de comparación. Sin la simetría, las más importantes construcciones sólo serían un caos inextricable y producirían penosa impresión, no obstante la belleza y la perfección de los detalles. Leyes que frecuentemente pueden ser expresadas por relaciones sencillas, se encuentran en el fondo de toda existencia, y todos los detalles, aun los más ínfimos, se relacionan con ella. La sencillez fundamental de la disposición de un edificio no es, pues, sino el resultado de la observación de una ley natural aplicada á la construcción.

Al mismo tiempo que la simetría, el arte utiliza el «contraste». La arquitectura moderna parece haber abandonado ese segundo medio de obrar sobre la memoria mediante la comparación. El arte gótico le ha utilizado frecuentemente, y los árabes le han empleado constantemente. Los monumentos moriscos sólo son simétricos en sus líneas generales, en las que sirven de base al edificio, sea en su plano, sea en su elevación. En todas partes, sin embargo, el contraste nos sorprende, nos asombra y nos emociona al



mismo tiempo. En una misma sala rectangular, las cuatro paredes pueden presentar aspectos muy distintos, y por misterioso encanto todos se funden en un armonioso conjunto. La mezquita de Córdoba, el Alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada son otros tantos sueños de las mil y una noches que el viajero siente despierto. La vivacidad de la impresión se debetá la ausencia de esa simetría majestuosa, pero monótona, á la que nos tienen acostumbrados nuestros grandes edificios. En la pintura, y más aún en la música, pudiera decirse que la armonía de los colores y de los sonidos se completa por las disonancias y las oposiciones. La tranquilidad del cielo azul contrasta en un cuadro con el movimiento de las figuras, como la luz con la sombra. Una frase musical dicha por el violín, repetida por el corno y luego por la orquesta toda, de modo que se produzcan á la vez la simetría mediante la repetición y el contraste que despierta la frase repetida, destaca así del conjunto y hace que la idea musical se grave en la memoria. Cuando el músico reproduce sucesivamente las mismas ideas, facilita al espíritu del que oye el trabajo de comprensión, sin el cual no puede nacer el sentimiento de lo bello; pero cuando al final de la ópera «El Profeta» repite frases del primer acto, que resuenan en medio de situaciones nuevas como un recuerdo de juventud y de amor, recurre á la vez á la simetría y al contraste. Pintando sus dos grandes cuadros la «Multiplicación de los panes y Moisés hiriendo la piedra» (1). Murillo parece haber querido reproducir lo ideal del hambre y el de la sed, vestidos de diversas maneras, según la edad, el sexo y la posición social de las figuras por él creadas. La repetición de la misma expresión sobre rostros tan diferentes, exalta, por el contraste, el efecto producido por los cuadros.

En la poesía antigua todo el arti-

ficio del poeta consistía en reproducir la misma idea por imágenes diferentes y yuxtapuestas, ú oponer una idea á otra que la sirviera de contraste. Así se formula la poesía hebrea, tal como la Biblia nos la ha transmitido. Hoy el ritmo y la rima hacen resaltar la expresión poética á la cual prestan un concurso puramente material, como unos hermosos paños, sin ocultarlas, hacen resaltar las formas ideales de una estatua.

La repetición y el contraste son empleados, sobre todo, para producir efectos cómicos que provoquen la risa. Un hombre que cae no se encuentra en las condiciones verdaderas de la situación, y su posición produce la hilaridad. Pero esa alegría sería pasajera y se borraría pronto mediante la atención si no fuese acentuada por la repetición y razonada por el contraste. Esto lo han comprendido perfectamente los autores cómicos. Un hombre no cae nunca solo, á menos que su caída contraste fuertemente con la situación general de la intriga y contribuya á desenlazarla; mas frecuentemente agarra á uno que está á su lado, éste agarra á una mesa, etc., y se produce una serie de catástrofes menudas que mantienen la hilaridad. Cuando Molière hace aparecer en escena sin absoluta necesidad un instrumento demasiado íntimo, la grotesca aparición provoca la hilaridad por contraste con las costumbres de los espectadores; pero cuando á cada instante se ha recomendado aquel remedio, ó cuando se presenta una turba de matasanos provistos todos de aquel instrumento, la risa estalla y la impresión primera se multiplica por la repetición. Podríamos citar infinitud de ejemplos; pero nos limitaremos á recordar el efecto de la hilaridad, cada vez más acentuada, que Molière obtiene mediante la repetición de las distracciones del «avaro», y por la del «pobre hombre» en «Tartufo». De este modo pone el artista constantemente á contribución la memoria del público, llamado á juzgar sus obras.

(1) Estos dos cuadros se encuentran en la catedral de Sevilla.

Inútil es decir que para juzgarlas con gusto necesitamos hallar en nuestro espíritu las formas más apropiadas para expresar la idea del artista, apelando á la memoria por la simetría y el contraste; por la reproducción de las formas simultáneamente en el espacio ó sucesivamente en el tiempo, el arte obedece á una de las leyes del ser que podemos llamar el «ritmo»; todos los movimientos naturales son rítmicos; todas las formas naturales son simétricas. Desde la inmensa evolución de la nebulosa, que á través del tiempo se convierte en sistema solar, hasta las imperceptibles ondulaciones caloríficas y lumínicas; desde las grandes revoluciones históricas, hasta las variaciones crónicas de la oferta y la demanda, que regulan los precios en los mercados, todo fenómeno natural realiza su evolución mediante una serie de ondulaciones en torno de un centro ó de un eje que en la vida expresa en cada instante la verdad. El movimiento de los planetas en torno del sol; la alternancia del día y la noche; la disposición de los miembros de los animales, del mismo modo que la de las hojas en los árboles y en las plantas, las formas de la materia cristalizada no son sino manifestaciones de la ley general del ritmo. Lo que llamamos ritmo en los sonidos, en los movimientos y en la palabra se llama simetría, y contraste en las formas y en las líneas, y armonía en los colores. Esta ley rige lo mismo los fenómenos materiales que las evoluciones de la vida; es una de las que constantemente se revelan á nuestros sentidos: la unidad que existe en el fondo de las variadas manifestaciones de la naturaleza. Ley de la materia, ley de la fuerza; ley de la vida rige el mundo de los fenómenos del mismo modo que el mundo espiritual. Su cumplimiento es una de las condiciones de la belleza y el sentimiento, que siempre ha revelado al hombre las leyes divinas que la razón no podía aún formular científicamente, se ha mostrado en la

simetría, en el espacio, el equivalente de la ley rítmica que rige el tiempo. Esta verdad no escapó á la delicada intuición de los griegos, que llamaron «eurhythmia» á la belleza de las proporciones en una estatua y en un cuadro.

En cualquier parte en que nos encontremos, el ritmo nos produce placer y nos emociona. ¿Quién no se ha sentido arrastrado por la cadencia de una música de baile, ó no ha sentido una emoción incomprensible á la vista de esos ritmos de líneas que no dicen nada á la inteligencia y nos impresionan, sin embargo, vivamente en las formas arquitectónicas y en los arabescos que las adornan?

Los mismos animales son sensibles al ritmo, é instintivamente los caballos arreglan su paso al movimiento de la música.

A medida que el artista trata de realizar su concepción, su memoria, constantemente solicitada, le presenta nuevas formas ó perfecciona las que le habia presentado antes. Resulta que durante su trabajo de copia, de realización del modelo ideal que habia elegido, ese modelo se perfecciona y se modifica en tal forma, que cuando está terminada la obra no reproduce el tipo que el artista llevaba en su imaginación. Superior al tipo primitivo, del que conserva lo que poseía de espontáneo, es inferior en la perfección de los detalles al tipo final; y como el artista no se percata de la modificación insensible, pero continua, de su ideal, descubre en su trabajo imperfecciones que no le habian llamado la atención al principio, se acusa de impotente y se hace tímido, dudando del triunfo. Un verdadero artista, buscador del ideal, no admira nunca sus propias producciones por mucho placer que le produzcan; desconfía de sus fuerzas y ve constantemente la diferencia entre lo que quiso hacer y lo que consiguió realizar. La modestia es atributo del verdadero genio porque en su espíritu crea modelos que nunca consigue realizar.

GAUCKLER.



Gerónimo Colombo

Cuadro de - - - - -  
- - José D. Barbieri

## ¿Tiene la América literatura propia?

Palabras académicas, pronunciadas por su autor, en el acto de ser recibido solemnemente como socio honorario de la *Academia de Bellas Artes* de León.

Señores:

Sólo para cumplir con una prescripción reglamentaria, que no por presumir de propia suficiencia, voy a tratar asunto ya traído y llevado por altas plumas de blason y escudo. Refiérome al desi cuenta ó no la América con propia literatura.

Paladín ha habido que se vaya, sin prudentes distinguos, por la afirmativa absoluta; quien, buscando un sesudo medio término, decidióse, ya que no por la efectividad de la cosecha presente, por la existencia de gérmenes felizmente halagadores; y quien por tan rotunda negativa, que prestó al pesimismo regional un aspecto de noche sin aurora. Creo que el indio Altamirano, —aquel indio de Méjico, que trasmutó el acero de sus flechas en un áureo metal de pluma y lira— sostuvo lo primero, al prologar á Flores, el inflamado bardo azteca, el de la lira de las cuerdas rojas. Y también me pareco que se puso á llevarle la contraria cierto escritor nuestro y ajeno, súbdito á medias de Nicaraó y Moctezuma, de incierta nacionalidad, pero de cierta y poderosa inteligencia; quiero decir el muy querido maestro mío don Ricardo Contreras.

Para no exponerme á dar mandobles sobre fantásticos molinos; para no verme en el caso de aporrear, como ciego, divergentes asuntos, conviene plantear, ante de todo, esta cuestión capital ¿Cuando se dice que tiene una nación Literatura propia?

Tal pregunta puede ser contestada de muy diversos modos:

I—En el sentido de acumulación, de opulencia, tener Literatura es poseer un acervo formidable de producción literaria que presentar á todo aquel que pase haciendo el balanceo del pensamiento humano.

II—En el sentido de regionalismo intelectual, es tramar sobre autóctonos asuntos; es hacer en las obras copia de la naturaleza, pintura de las costumbres, reflejo de la historia de la Patria; y

III—En el sentido de espontáneo brote, es que cada floración del arte lleve consigo la indeleble estampita de la raza; que relampaguee en el verso la bordadora fantasía del meridional, ó que dé sus reflejos de luz polar sobre los témpanos, el melancólico escalda de las nieves; que abra su pensamiento en la palabra, franco, rudo, y audaz, el hijo de los vientos y de las cascadas; ó sugestivo y nebuloso y alcorzado de ensueños, el ossiánico bardo, hijo de Odín.

Digamos sobre el punto primero. Tener mucho es ser rico. Pero, quien tiene poco, no deja de tener, por tener poco. ¿Sería, acaso, razonable decir que el labrador modesto, por ser su hacienda exigua, no tiene hacienda propia? Y, aplicando, ¿sería siquiera sostenible que una Literatura es necesariamente ajena tan sólo por ser pobre?

De acuerdo con el método filosófico-positivo de la concordancia, y en razón de la pluralidad de las causas, se ha caído en el error de suponer como factor causal del carácter de propiedad en las literaturas, lo que no tiene más que coexistencia con dicho antecedente. Así, cuando un pueblo, en su cuna, balbuce los primeros ritmos, y habla con insegura lengua de un arte que apenas adivina, se dice que aun no tiene propia Literatura. Y es porque, no poseyendo la fuerza mental de los cerebros maduros, ni el fluido verbalismo de experimentados labios, dice lo que oye, recoge las sonoridades de la fraseología ambiente, copia, imita, reproduce, ejer-



ce en esa imitación su actividad que empieza; busca, en fin, como hacer por propia boca, en inocente engaño, lo que antes tuvo vida en boca ajena. Coexisten, pues, inevitablemente, la carencia de originalidad literaria con la pequeñez del acervo bibliográfico, cuando ambas son las resultantes de un factor más lejano: el estado infantil de las naciones.

Un pueblo-niño no habla: balbucea. No piensa: tartajea con el pensamiento. Luego, no hablando ni pensando por su cuenta, recoge lo que escucha, y después lo devuelve como propio. Infancia, pues, quiere decir imitación, falta de propiedad. Y, como el tesoro de ese pensar ajeno pasado por labios nacionales ha de arrojar suma bien pobre, en razón de la muy corta vida del pueblo receptor, se llegan á juntar, en una ineludible coapariciencia, la exigüedad del bagaje literario con la falta de originalidad de ese bagaje. Y, por eso, en lo tocante á manifestaciones intelectuales, se viene en sostener erróneamente, que pueblo que tiene poco no tiene nada suyo.

Sentado que, en un pueblo incipiente coexiste, con la penuria de producto mental, la inoriginalidad de ese producto, ¿sería lógico hacer la correspondiente aplicación deductiva á las nuevas naciones de la América Hispánica?

Por supuesto, que no. La América Española no está formada por una raza nueva. No son sus microscópicos estados, de aquellos pueblos-niños á que antes hice referencia. La raza hispano-americana es sólo una bifurcación de la española — raza en el cenit, si la hubo, — modificada apenas por un extraño ambiente, caldeada por nuestro sol cercano, mecida por nuestras tempestades, fortalecida su sangre, durante cuatro siglos, por los hierros del trópico! Y no vale decir que hay raza indígena, porque la cortísima porción de ella que se pone á cultivar su intelecto, se ha fundido, mentalmente hablando, con la colonizadora. Así se hicieron pueblos nuevos, pero no pueblos niños: pueblos nuevos

como naciones aparte, de vida independiente; pero pueblos maduros en su esencia, que solo son girones disgregados de una raza gloriosa y deslumbrante.

Y, si cada república de aquende el Atlántico es España en América, claro es que, aunque posea poco haber literario, por hallarse aún muy cerca la época de su emancipación, será del todo núbil para producir mentalmente, sin haber de pasar por los vagos balbuceos de la infancia.

Cuanto al segundo punto, hay que decir:

Es natural que uno hable de lo que tiene ante sus ojos, reproduzca la topografía circunstante, y cuente los sucesos que ha visto. Es lógico que los escritores y poetas escriban ó canten de aquello que, por más inmediato, ha debido impresionarles. Pero no es absolutamente indispensable, para la originalidad de la obra, la nacionalidad del motivo. Nadie diría que no es escandinavo el «Juliano» del maestro Ibsen, por su asunto latino; ó que no es francés, sino español, el airoso lineamiento de «Hernani». Nadie negaría la marca de galo-parnasianos á los «Poemas bárbaros» de Leconte de Lisle, ni de anglo-sajón al «César», de Guillermo Shakespeare.

Más aún: Creo que los sentimientos y pensamientos que emanan de todo motivo regional, sólo deben ser materia de arte cuando lleven consigo sello de universalidad; cuando tal sentimiento vaya á despertar las dormidas vibraciones de toda cuerda íntima; cuando tal pensamiento sea capaz de hacer la sombra rítmica de un eco en todos los cerebros del mundo. El alma es una. Hay que buscar, en arte, el factor universal. Regionalizarse es empuqueñecerse. Si América tiene entre lo suyo algo que pueda conmover la tierra ó hacer que todo ceño se nuble al lento paso de las meditaciones, que lo diga, en buena hora! Que lo diga, no por regional, sino por universal. Pero, si lo suyo es algo que no conmoverá más que á los suyos, ó no hará meditar sino

á los suyos, que no lo diga nunca! Que lo guarde en las cerradas urnas de sus labios? Que busque fuera la universalidad que dentro no ha encontrado! De otro modo, le escucharán con gusto los foráneos, por mera sed curiosa, por saber de lo extraño de estos mundos. No hará deleite estético: saciará con sus aguas regionales la sed de los curiosos.

En suma, la América, que tiene corta historia, como nación aparte; que entre sus cofres halla muy escasa riqueza inspiradora, ha salvado distancias con el ala, y ha traído de lejos, como el ave sagrada, lo que en su arca no había. Y los poetas de América bien han podido hacer, como Hugo con «Hernani», como Shakespeare con «César», como Ibsen con «Juliano», obra americana con asunto extranjero, siempre que no hayan encontrado en indígenas escalas la nota universal.

El tercero y último punto es el que encierra, á juicio mío, el sésamo de la cuestión. Tener Literatura propia—aunque haya pocas obras: aunque el motivo de esas obra sea extraño—es traducir en propia lengua ideas propias y propios sentimientos. Así quedará estereotipado en el conjunto el carácter general de la raza, el gesto nacional, el sello típico de una sola y gran familia. En el pensar y en el sentir individuales hay, es verdad, cierta manera especialísima de cada individuo; pero hay también cierto rasgo étnico-mental que da lazo genérico á todas las individualidades. Cuando una nación muestra en sus obras ese rasgo, bien puede asegurarse que que hay en esa nación Literatura propia.

El gran río celtíbero echó una parte no pequeña del caudal de su raza, en cauce americano; y esta rama bifurcada, andando el tiempo, vino á ser río aparte, del todo desprendida del materno lecho. Así, con ser la misma raza, de igual cultura y desarrollo, por más que ya habitara en lejanas latitudes, siguió produciendo, literariamente,

en la forma en que antaño producía. En ese entonces, ser poeta hispano-americano era ser poeta español. Tal lo fueron Alarcón y Gómez de Avellaneda. Tal lo fué más tarde Ventura de la Vega, y tal lo seguirían siendo todos los demás, si otros elementos, que no los castellanos, no hubieran venido á establecer el carácter distintivo, el rasgo étnico-mental del hispano-americanismo.

Hubo aquí antaño, parvada de Zorrillas, Quintanas fulminadores, Larras guasones, vehementes Esproncedas, y almiarados Bécqueres. Una obra nuestra de ese entonces muy bien se acomodara, en un perfecto acuerdo con el resto, sobre todo anaquel peninsular. Y es que estaba muy próximo el trasplante, para que no tuvieran nuestras rosas el perfume de viejos patrios cármes. Todavía los vientos impetuosos del Ande no nos habían traído envueltos en sus pliegues, los gérmenes del pensamiento universal.

Pero la planta ibérica sorbió en la tierra virgen nueva fuerza. Anegóse de savia. Y entonces, pletórica de vitalidad, sobrada de energía y de fuerza, buscó moldes más amplios de expresión; aspiró á sor más grande; se puso bajo el riego de una extranjera libertad ideológica; y, nutrida de ideas, y al amparo de esa libertad, creció pomífera y florida; brindó la exuberancia de sus granos, y alfombró las praderas, no como antes, de anémicos jazmines y de azucenas pálidas, sino de una odorante y espléndida policromía de flores.

Nos han llamado decadentes, sin saber lo que es eso. Nos han estigmatizado de modernistas. Nos han lapidado con todas las difamaciones del epíteto. Los eunuocos, los estériles de la producción estética, vieron degeneración en el avance, y descomposición orgánica en el latir bulle de una vida que estaba renovándose.

Las «Capillas Decadentes» de Francia nos enseñaron á burilar el verso, á hacer de cada estancia un plato de Benvenuto; á matizar los

sentimientos; á pasar de la luz á la tiniebla haciendo escala en la penumbra; á expresar lo que antes se juzgaba inexpresable y á escuchar lo que antes se decía inaudible; á ver tras la apariencia; á ser, en fin, poetas; y á poner en el ritmo y en la idea un algo de vidente y de sibila.

« El Parnaso » nos dió el golpe de mano de lo escultural; los refinados, la libertad del verso; la sugestión melódica, el sentido de lo íntimo; los filósofos, — Taine, el Sabio; Renán, el Místico; Hartmann, el Triste; Nietzsche, el Loco divino, — la sólida fulgencia de una cerebración de prodigio.

Y, con todo eso, fuéertes de idea, sutiles en el medio expresivo, aptos para el ensueño, hábiles para la ejecución, volvimos la mirada al opulento hechizo de nuestra naturaleza deslumbrante. Teníamos color suficiente, fino y culto pincel, ojo de artista, diestra mano, corazón de poeta . . . . Y, en frente de nosotros, los dos mares acariciando los costados de la virgen América, con el crespo cendal de sus oleajes; los lagos, á veces turbulentos, y á veces casi inmóviles, como una solución de turquesas, los cielos donde la flora de la luz se abre cual si fuera un delirio de colores; los torrentes, que fingen potros líquidos que corren desbocados y envuelven el rendaje con la espuma; los volcanes, inmensos, recortados en el celeste fondo, como callados monstruos que meditan fumando, mientras que, lento, sube el humo de sus pipas por el cielo! . . . . .

Y vimos todo eso. Y las visiones fueron á herir la cuerda de nuestros entusiasmos. Y, artistas, por la escuela, y poetas por Dios, cogimos aquella alma pánica y grandiosa, aquel sublime espíritu de la naturaleza americana, que hablo por boca de las cataratas, que mira por la pupila azul de las lagunas, que duerme sobre las crestas del Popocatepetl, y la pulverizamos en notas, desgranándola en la hechicera música del ritmo; y la moldeamos, artífices del verbo, en el lírico bronce de la estrofa!

Todo eso: el refinamiento y el poder expresivo y la visión de artista y el sentimiento poético y el caudal ideológico moderno, ejerciendo su influjo, en común con los gérmenes que surgen en este ambiente nuevo, sobre las viejas potencialidades de la raza, ha constituido ya, de modo definido, la Literatura americana. Muertas las exageraciones del sectario; finado ya el decadentismo como escuela, y, dejando de sí sólo lo bueno, cada poeta nuestro sabe aplicar los elementos vitales de que he hablado. Y los aplica personalizándolos. Siente y piensa por su propia cuenta. Y, como sabe expresar, expresa fácilmente; y, como es poeta, expresa sentir propio su fabla lírica. Y, sobre cada sentimiento, y sobre cada pensamiento original, se ve pasar el común lazo, que hace de aquella suma de manifestaciones individuales la Literatura americana ».

SANTIAGO ARGÜELLO.

---

## Almas Pálidas

---

Para APOLO.

Mi corazón era una selva huraña,  
el suyo, asaz discreto, era una urna . . .  
Soñamos. Y en la hora taciturna,  
vibró como un harmónium la campaña.

La Excéntrica, la Esfinge, la Saturna,  
acongojóse en su esquivéz extraña,  
y torvo, yo miraba la montaña  
hipertrofiarse de ilusión nocturna . . .

— ¿Sufres—me dijo—de algún mal interno?  
— O es que de sufrimiento haces alarde?  
— Esplín! —la respondí—mi esplín eterno!...

—Sufres?... —la dije, al fin—en tu ser arde  
algún secreto?... Cuéntame tu invierno!  
—Nada! —Y llorando:—Cosas de la tarde!...

JULIO HERRERA REISSIG.

## Fuera de las leyes

*Para APOLO.*

Volví á leer la carta

Estimado amigo: — Pasa esta tarde á verme por el Hospital, donde agonizo desde hace tres días. Tengo que contarte algo que á tí, que todavía escribes sobre cosas de la vida, servirá de mucho. Si yo tuviera fuerzas llevaría algunas páginas para entregártelas ó darlas á algún diario. Pero, no puedo. En todo el tiempo que no hago literatura mi mente se ha puesto, quizá, un tanto inhábil y la proximidad de la muerte me debilita la mano. Así es que te espero. ADAN.

Esta carta sencilla, cuyo estilo sugestivo mostraba todavía al literato valioso que era varios años antes mi antiguo amigo Adan, fiel compañero de idealidades y de luchas literarias, sacudió mi habitual pereza, disponiéndome á ir á visitarlo. Eran recién las diez de la mañana, y sólo unas horas más tarde me hallaba sentado en uno de los bancos del recibimiento del Hospital, aguardando el momento propicio y reglamentario de entrar á las salas. Mientras, por hacer menos pesada la espera, reconstruía mentalmente el angustioso y extraño drama que, tres años atrás, condujera á Adán á la cárcel, de donde, enfermo, perdido del estómago, pasó al Hospital, á asistirse al departamento de presos.

En realidad, ¿qué sabía yo de todo? ... Que Adan, en un café, había destrozado á tiros la cabeza de Felipe Morales; una cabeza que, como la de la mayoría de los estudiantes, no contenía otra cosa que el atiborrante lastre de los textos universitarios, pero, una cabeza al fin, por lo que se le arrestó, condenándolo luego á quince años de prisión. Que Felipe, era primo de Marta, novia de Adán, envuelta de pronto en una mala nube de la vida, enloquecida y muerta en el Manicomio sin volver á la razón, con su pobre cabecita de diez y siete años llena de sombras. Evocaba la vida inútil que Adán llevó después de esta desgracia que tocó tan de cerca á su corazón; vida de paria, sin ideas, entre su cuarto, el restaurant y su trabajo. Y á lo mejor, como de sorpresa, la nota sangrienta, con sus tintes de rojo vivo, viniendo á romper la monotonía infecunda de su existencia hecha ya vulgar. Y recordaba el silencio de Adán, dejándose aprehender, juzgar y sentenciar sin defenderse ni revelar los motivos que tuvo para matar. Cuando se le dió su condena la aceptó sin protestas, tranquilo, sereno y altivo como un Dios.

En la cárcel le atacó la enfermedad estomacal que lo llevara á muerte. Los primeros síntomas fueron la imposibilidad de ingerir alimentos sólidos sin grandes dolores, haciéndolo vivir sólo de leche y huevos batidos en caldo. Después, nada, ni esa mísera alimentación; y cuando se le llevó al Hospital ya estaba perdido, atacado de una anemia general y en extremo flaco. Por eso, cuando estuve á su lado, me costó reconocerlo en aquel espectro de rostro amarillo, ojos hundidos y rodeados de un siniestro círculo violáceo.

— Voy á revelarte, — me dijo, cuando estuve sentado junto á su cabecera, — algo del triste drama que azotó hace algún tiempo mi vida. Oyeme: verás que interesante es todo, como que es de la vida, de la verdadera vida, de la que viven los buenos y los malos, de esa vida á la que tanto hemos estudiado juntos desde el estrado de nuestras ideas y á la que voy á dejar ahora! ... Oyeme: maté á Felipe porque él fué el causante de la locura de Marta. El canalla nos vió regresar juntos, una tarde, de una de nuestras citas de amor, de caricias y de besos. Y al otro día, cuando Marta fué de visita á su casa, él, que una vez quiso violar los trece años de élla, sobre un sofá de su propia casa, sin siquiera tener la disculpa de una pasión, por puro sensualismo brutal; él, temeroso de que



sus hermanos sufrieran el contagio de la peste de la falta, la pidió que no volviera, afeándola su conducta y amenazándola con el castigo de su madre muerta. ¿Comprendes, ahora, por que Marta, afectada, tuvo por la noche una pesadilla, en medio de la cual, su mente delicada, pura, aristocrática, verdadera mente de luz, se veló de sombras...? ¿Adivinas por qué, alucinada, creía ver en todas partes el espectro amenazante de su madre y por que hasta morir brotó de sus labios aquel grito hondo, sentido, de: — «¡Perdón, mamita, perdón!.. » Cuando yo, por una de esas casualidades que se presentan en las cosas, lo supe todo, formé el propósito de matar á Felipe, comprendiendo que debía hacer justicia por mi solo, puesto que su delito estaba fuera de los Códigos, que era de aquellos que los hombres deben castigar por sí mismos, prescindiendo de las leyes. Después que hube cumplido mi resolución, callé, guardé silencio. ¿Para qué hablar?... Los jueces hubieran dado la razón al muerto, que libró á su familia de una relación peligrosa para su honra; el jurado, el público, todos hubieran estado en contra mía, engañados, creyendo favorecer al bueno, al que perdió la vida. La razón de mi delincuencia pertenece á otros tiempos que vendrán; á las épocas en que se crea, definitivamente, no por libertad de instintos, sino por refinamiento de ideas, que la posesión en amor no es una falta y que la honradez ciega, implacable, es un delito. Entonces, se sabrá mejor quienes son los malos y quienes los buenos.

Al llegar aquí, Adán, fatigado, dejó de hablar. Tuvo un golpe de tos y náuseas y el pañuelo que llevó á la boca lo retiró manchado de sangre y humores. Entonces, me contó que padecía de una ulceración cancerosa al estómago, que le supuraba á veces y cuyos desperdicios arrojaba por la boca. Luego, con su débil voz de agonizante, me pidió que publicara algún día, en forma de cuento, la relación que acababa de hacerme, pues no quería dejar perder en la nada su último gesto de rebelde, ese gran crimen para otros, que era su mejor obra de intelectual y de justiciero.

;

ANGEL C. MIRANDA.

Cuarto, Marzo 1.º de 1908.



## A la Amada del Poeta

*En un album.*

El parque constelado de violetas  
Finge un ánfora irreal de terciopelo;  
Terciopelo es la miel que, como un velo  
Suave, trema en tus labios que son grietas

De amor. Por eso adoro las glorietas  
Florecidas de violas, y cincelo  
Madrigales de nieve; el asfodelo  
Níveo se cristaliza en las facetas

De tus mórbidas sienas. ¡Oh, mi amada!  
¡Oh, mi novia ideal! ¡Qué bella eres!  
Y ¡qué exímios tus párpados violetas!

Atributo de flor enamorada!  
¿Que eres flor? Yo soy pájaro. ¿Me quieres  
Para un dúo de artistas y poetas?

PÉREZ Y CURIS.

---

## Esfumino

Pasaste, fugaz como una visión, deliciosa como un perfume.  
Cuál es tu nombre? Recuerdo haberte visto, no sé si fingiendo  
de Musa en un dibujo de telón ó si vestida de Primavera, en un  
abanico japonés?

Quién te hizo maga? Qué noche de luna se retrató en tus miradas?  
Cuál es la patria de tus ojos revolucionarios? Sevilla, por  
ventura, la ciudad de las gracias, ó acaso Nuremberg, la ciudad de  
las muñecas?

Para tí son las cosas nobles: una rima de Altemberg para tus  
ojos; para tus labios una romanza de Fosti y para arrullo de tu  
corazón un compás de Bizet.

Pareces una damita de cuento, hecha para vestirse de rosas, en  
un quinto acto de amor.

Un mohín grácil en la cabeza adorable, cierto abandono oriental  
en el paso, perdona si te amé, un minuto, con fugitivo amor de  
nostalgias, cuando junto á mí pasaste viéndome con un dulce aire  
de reina que me hizo sonreír.

Volaban los suspiros de un vals, ardiente y lánguido y tú  
pasaste, el cuerpo todo elásticas gentilezas y la boca roja, linda y  
fresca, linda y húmeda como una flor.

Pasaste, fugaz como una visión, deliciosa como un perfume...

EMILIANO HERNÁNDEZ.

## Bibliográficas

### Libros y folletos recibidos

*Le Paraná pour l'étranger.* — ALCIDES MUNHOR — LIVRARIA ECONÓMICA DE ANNIBAL ROCHA Y C. CURITYBA — PARANÁ — BRASIL. — Es un hermoso y bien conceptuado libro destinado á poner de manifiesto toda la riqueza inmensa que atesora el vasto Estado de Paraná, su porvenir comercial é industrial y su vasto organismo económico. Escrito en francés, está destinado á ser leído por todas aquellas personas que tienen interés en estos modernos Estados americanos que aunque jóvenes, se han visto desde ya sacudidos vigorosamente por una corriente de especulación crecida que los ha de transformar en un corto período de tiempo en grandes veneros de riqueza especulable. Alcides Munhor, autor de esta hermosa obra que nos ocupa, no solo vuelca en ella el cúmulo de todas las observaciones recogidas en aquel Estado, sino que también hace obra literaria, pues que emplea un estilo impecable en las descripciones de ciertos parajes exuberantes por su vida tropical, de ciertos lugares admirables por su belleza topográfica y más que nada hace un análisis completo del desarrollo económico adquirido desde hace poco tiempo á esta parte por el más moderno de los Estados de la República Brasileña, situado entre los 22° 55' y 27° 3' latitud Sur y 4° 44' y 18° 8' longitud de Río Janeiro, entre el Estado de San Paulo, el Atlántico, el Estado de Santa Catalina, Río Grande, República Argentina, Estado de Matto Grosso y República del Paraguay. Como se ve está el Estado de Paraná situado en el centro de la zona tórrida y el libro que lo describe, como la naturaleza de esos parajes, viene repleto de exuberancia, de fiebre, de ansias, poniendo de manifiesto los vastos tesoros ocultos en

la maraña gigantesca de sus selvas milenarias, en las entrañas de sus montañas, y en el alma de sus pobladores que hacen esfuerzos meritorios por darle un lugar de preeminencia en el concierto de los demás Estados brasileños. Para poner de manifiesto el estilo con que está escrita la obra, transcribimos el siguiente párrafo: *Le climat du Paraná est fort inégal. Il ne fait pas ici de grandes froidures ni de grandes chaleurs.*

*En hiver la neige épaissie est rare; á peine de la menue neige et de forts frimas teignent en blanc le lit des pres et les cimes des arbres.*

*Dans les villes les toits des maisons restent saupoudrés d'une couche de cristal refroidi jusqu'à l'après-midi. L'été n'est-il pas rigoureux.*

*Pas un cas d'insolation, pas de fièvres*

*Le soleil est agréable et l'on en peut travailler tout un jour sous les rayons d'or sans risque d'être pris de fièvres ou fulminé par l'insolation »*

El libro tiene grandes méritos y los fines que su autor se ha propuesto al publicarlo que no pueden ser otros que dar á conocer la importancia y el porvenir que le está reservado al Estado de Paraná, están cumplidos con creces no sólo por la claridad y precisión de las descripciones, sino por el mismo estilo que hace de ciertos puntos cansados, partes interesantes de lectura.

*Criminalidad, Inmoralidad y Religión* — DOCTOR VICENTE C. ALCIATI — ESTABLECIMIENTO « LA MINERVA » — SALTO ORIENTAL — 1907 — Es un libro de combate, más que de fundamentación científica. En el no busquemos nuevas orientaciones filosóficas humanas, ni el planteamiento de una nueva doctrina, de

un nuevo principio que regule la conciencia colectiva de los creyentes. Es libro de lucha como lo decimos más arriba y solo dentro de ese terreno se puede introducir el análisis. Haremos crítica sobre una crítica, haciendo abstracción del estilo en que está escrito el libro que nos ocupa, que está plagado de hinchazones, de palabras mal empleadas, de galicismos de toda naturaleza. No es obra literaria que ha de sobrevivir por su estilo y por lo tanto no puede caer bajo la dura exigencia del literato que va en busca de la forma galana, haciendo caso omiso del fondo filosófico ó humano que anima á una determinada obra. Es y vale por su vasto fondo de combatibilidad. El mismo autor del libro lo confiesa tácita y categóricamente. Oigámoslo: « los clericales en sus diarios, en todas sus publicaciones han querido y quieren demostrar esta tesis: *« Us-tetes, los liberales, no tienen religión, por lo tanto son inmorales y delincuentes.* Y sobre esta tesis los pretendidos moralistas han bordado, han expuesto, en líneas y lenguaje que demuestran sus gustos para el burdel, las inversiones sexuales, y las prácticas sáficas; repitiendo la afirmación, — especificándola — *los que no son católicos son obscenos, lésbicos, incestuosos y asesinos.* » Sobre esas palabras que el autor coloca en su libro como pórtico, es que teje y desarrolla una vasta tesis demoledora y á la vez sana. Si cupiera dentro del pequeño marco de una nota bibliográfica un juicio crítico extenso, la obra de Alciati lo merecería porque sale de lo vulgar en nuestro ambiente, donde tanto malo se produce, donde muchas veces el criterio queda aplastado por la vulgaridad y el ramplonismo más achata-do. Pero como debemos ser breves basta la declaración de que la obra merece ser leída y meditada. Ataca el más antiguo de los conceptos y, por lo tanto el de más arraigo en el cerebro humano y lo ataca con valor, sin tapujos, valientemente, desafiando todas las consecuencias

que una actitud así decidida, entraña para la vida del que la pone de manifiesto.

Para llenar la curiosidad del lector, transcribimos el índice: Al lector — El fenómeno religioso — El movimiento científico católico — Criminalidad y religión — Perversiones sexuales . . . entre religiosos — Psicología del religioso profesional (El sacerdote) — Moralidad y religión — Remedios provisionales á las perversiones sexuales — La verdadera religión.

*Burbujas de la vida*, POR MANUEL UGARTE — LIBRERÍA P. OLLENDORFF — PARÍS — 1908 — Este último libro de nuestro querido amigo y colaborador, lo constituye la recopilación de una serie de páginas y estudios á cual de ellos más interesante y novedoso. Ugartese muestra en él no sólo un profundo observador que sabe analizar el vasto cúmulo de manifestaciones sociales, sino á la vez el artista que en medio al tema pueril encuentra el trazo que lo torna en interesante y ameno. Es un libro de recopilación y por lo tanto el fruto de una multitud de momentos de ánimo contradictorios. Hay desde el estudio serio donde se trasparenta al sociólogo empeñado en la obra transformadora, hasta la página sentimental en la que se canta el calor de una boca ausente, á la cabellera, al crepúsculo, á todo lo llega al corazón y se siente y se aprecia. Y en todas las páginas el mismo estilo brillante, el mismo sentimiento superior que han hecho de Ugarte, en el vasto y difícil ambiente uno de los escritores americanos de mayor prestigio intelectual. Difícil sería entrar en el detalle de « *Burbujas de la Vida* » para juzgarlo con la extensión que merece. Luego, Ugarte no necesita del panegirico para imponer sus obras al gusto literario más exigente. La variedad de los temas que aborda, sobre todo la parte en que relata las entrevistas con algunos hombres de pensamiento, son suficientes para que el libro se imponga no en América donde la imposición de nada se hace posible,

pero en el ambiente de París donde, para mejor felicidad reside Ugarte desde hace mucho tiempo. El libro está dividido en «Aspectos de la Ciudad», «Conversaciones y visitas», «Ideas y sombras», «Algunos libros» y «Disquisiciones sentimentales». Reciba Ugarte nuestra enhorabuena por el nuevo libro que es un nuevo lauro que ha de agregar á los muchos conquistados hasta la fecha.

*Géminis*, POR RAMÓN VILLEGAS Y BERMÚDEZ DE CASTRO.—MADRID— Constituyen dicho libro tres novelas cortas tituladas: «Géminis», «La nueva honrada» y «Savia nueva». De carácter realista y escrita en delicado estilo; salpicada toda ella de imágenes exuberantes que dan una idea concreta del divino arroboamiento que la naturaleza produce al escritor de fibra y observación, esta obra merece, por su plétora de intentos y por su verismo audaz, el homenaje del aplauso digno de los más encumbrados escritores modernos. Porque Villegas, que es á la vez un observador de nota y un paisajista sutil, nos refiere de la vida sus idealidades todas y todas sus turpitudes en bellas frases de un colorido armónico y natural. En «Géminis» y «La nueva honrada» son dignas de admiración la riqueza y la fidelidad de las descripciones, muchas de las cuales despiertan en nuestra mente el recuerdo de una campiña en flor bañada por los oros solares ó la visión exquisita de los campos castellanos. En cuanto á la frase, breve y galana, trazada sin ampulósidades, y si con simetría y justeza artísticas, todo es en ella encanto de forma y de emotividad. «Savia nueva» es una novela pródiga de sentimientos y de sensaciones. Escrita en forma de correspondencia de una realidad encomiástica que atrae y anima al lector ávido de conocer, de sorpresa en sorpresa, su desarrollo, «Savia nueva», es más bien una novela — poema en que se canta la volubilidad del alma femenina y los múltiples cambiantes del corazón de la humanidad. El humano amor sensual tocado por

el deseo se sobrepone poco á poco, pero eficazmente, al amor del sentimiento. Esa es la esencia de «Savia nueva». La indiferencia cada vez más creciente que por su esposo muerto sentía Emilia ante las insinuaciones de Javier, su cuñado, fué el primer paso que precedió á su caída.

En fin: «Géminis» es un libro sano y sincero que se lee con mucha fruición por los altos conceptos que contiene.

Felipe Trigo, el potente novelista, ha prolongado este libro, elogiándolo vivamente.

*Vicios Sociales*, POR ADOLFO LEÓN GÓMEZ — BOGOTÁ (COLOMBIA). — Contiene este libro, además de la conferencia que lleva su título, un hermoso discurso titulado «La caridad de la lengua». El doctor Adolfo León Gómez, siguiendo siempre su obra de humana demolición, que tal debe llamarse á la destrucción de prejuicios, señala en su nuevo libro los vicios y errores que afectan á la actual sociedad bogotana. Es un trabajo digno de todo elogio el del doctor Gómez. Los mismos defectos de la sociedad bogotana los tiene la nuestra y la de todos los países suramericanos. Aquí como allá se rebajan reputaciones; se niegan méritos; se silencia toda acción meritoria; se calumnia; se envidia; se maldice y se odia á las almas acrisoladas. Por eso la labor del ilustre autor de «El soldado» es universal, porque ella pone al desnudo infinidad de lacras sociales que es menester curar.

«La caridad de la lengua» encierra hermosos conceptos filosóficos que son como cauterios aplicados á las heridas morales de la humanidad. Señalar defectos es un acto de valor cuando ellos concurren al derrumbamiento de nobles y elevados ideales; corregirlos, es un acto de humano heroísmo. Y el autor de «Vicios sociales» no es parco ni en una ni en otra cosa. Ya dejamos constancia de ello cuando nos ocupamos de su formidable drama «El soldado».

La suspensión de su valiente re-

vista «Sur América», decretada últimamente por el gobierno de su país, nos demuestran la firmeza de carácter y la honradez de la pluma del doctor Adolfo León Gómez.

Al agradecer al distinguido autor de «El soldado» el envío de su bello libro, le ofrecemos nuestros votos por la pronta reaparición de su vibrante y culta revista.

*Vendimias Juveniles*, POR MANUEL UGARTE — PARÍS — Aunque tarde, á causa de haberse extraviado en el correo el primer ejemplar que nos enviara el distinguido autor de «Paisajes Parisienses», acusamos hoy recibo de este galano y pulcro volumen de poesías. La musa de Manuel Ugarte, retozona y alegre como mujer andaluza, gusta siempre, siempre encanta. Sus versos, de una serenidad elocuente, deleitan

y seducen, ora con su gracia madrigalesca innata en el poeta de vocación; ora con sus motivos musicales plenos de savia armoniosa.

«Vendimias juveniles» está dividido en cuatro partes: «Madrigales y Rondeles»; «Vieja historia» «Sombras de la ciudad» y «Fuerzas futuras»; y ha merecido elogios de los principales críticos contemporáneos.

*La Bruta* — POR FELIPE TRIGO — LIBRERÍA PUEYO, MADRID - Hemos recibido este libro del distinguido escritor Felipe Trigo, de cuyas condiciones intelectuales tuvimos ocasión de hablar en esta misma sección de la revista, al juzgar una de sus más importantes obras. En el próximo número nos ocuparemos extensamente de este nuevo libro. Por ahora agradecemos el envío.



## “Apolo” -- Número del 1.º de Mayo

Ya está en preparación nuestro próximo número extraordinario que contendrá trabajos originales inéditos de los más grandes escritores nacionales é hispano-americanos. Entre las numerosas fotografías que ilustrarán dicho número figuran las siguientes, algunas de ellas especiales para APOLO: Felipe Trigo, Alfredo Gómez Jaime, Veraheren, E. Rostand, Paul Hervieu, Sarah Bernhardt; Manuel Ugarte; Lisímaco Chavarría; y algunas copias de los principales cuadros del célebre pintor inglés Reynolds.



Obras de Perfecto López Campaña

PUBLICADAS

- «Nervosismos» (Páginas y estudios).  
«Fanfarria de Prejuicios» (Crónicas, cuentos é ideas sueltas).

CONCLUIDAS

- «Desde el Patagonia» (Memorias íntimas de un aprendiz artillero).  
«Mar de Fondo» (Novela de ambiente).  
«En el jardín de las mentiras» (Cuentos).  
«Hacia el porvenir» (Drama en tres actos y en prosa).

EN PREPARACIÓN

- Capítulo de Sociología Americana,  
«El Uruguay» (Factores de evolución é involución).

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

- «La canción de las Crisálidas»  
«El poema de la Carne».  
(Poesías).  
«Heliotropos» (Poesías).  
«Rosa ígnea» (Cuentos).

EN PREPARACIÓN

- «Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).  
«Alma de Idilio» (Poema).  
«Albas sangrientas» (Poesías de combate).  
«La Ola» (Novela).  
«En el huerto de los besos» (Poesías).

# APOLLO

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY  
Y LA ARGENTINA

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica. . . . .	\$	0.15	oro
» de lujo. . . . .	»	0.20	»



Administrador: LUIS PÉREZ (Alzáibar, 35)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

# APOLLO

---

## Revista mensual de arte y sociología

---

Director-Redactor: Pérez y Curis + Redactor: Perfecto López Campaña  
Secretario de redacción: O. Fernández Ríos

---

### CUERPO DE REDACCIÓN

Israel Vázquez Yepes — Corresponsal viajero

Juan Picón Olaondo — Montevideo.  
Francisco Villaespesa — Madrid.  
Manuel Ugarte — París.  
Enrique Olaya Herrera — Bruselas.  
Luis G. Urbina — México.  
Rafael Angel Troyo — Cartago de Costa Rica.  
Guillermo Andréve — Panamá.  
Froilán Turcios — Tegucigalpa (Honduras).  
Santiago Argüello — León (Nicaragua).  
Arturo Ambrogi — San Salvador.  
M. Moreno Alba — Barranquilla (Colombia).  
Miguel Luis Rocuant — Santiago de Chile.  
Pablo Minelli González — Buenos Aires.  
Rosendo Villalobos — La Paz (Bolivia).  
Luis Correa — Caracas (Venezuela).  
Guillermo Lavado Isava — La Victoria (Venezuela).  
Remigio Romero León — Cuenca (Ecuador).  
Juan Guerra Núñez — Habana.  
José de Diego — San Juan de Puerto Rico.